

PA 6503

C2

R4

V.4

Tomo - 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

JORNADA TERCERA

DE LA SEGUNDA PARTE

DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO

809
C

LA ESPERANZA

I.

ORIEL (*en las montañas de Grecia*).

Todo, todo es aquí libre. Torrentes, vientos, caballos desbocados, águilas; todo corre, vuela, se precipita por do quier á su antojo. Todo convida á la libertad. El hombre aquí debe ser dueño de sí mismo, como dueña de sí misma es la naturaleza.

ESPARTACO.

Y no solamente la naturaleza es aquí libre, lo son hasta nuestros recuerdos.

ORIEL.

Felices aquellas tribus donde la libertad es como una religion.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESPARTACO.

¿Ves? La cabaña que humea, el ganado sin pastor, el agua recogida en el hueco de la mano, la carne arrancada á la caza, la piel arrancada á la carne, el árbol derribado por el hacha, son toda nuestra propiedad.

ORIEL.

¿Y á qué más, si os poseéis á vosotros mismos?

ESPARTACO.

Yo no cambiaría esta posesion de mi por todo el mundo. Al que me ofreciera oro por mi libertad, le responderia con hierro.

ORIEL.

Felices las tribus donde la libertad es una religion.

ESPARTACO.

Yo desciendo de aquellos, que reunidos en el istmo de Corinto, ofrecieron al Dios de Delfos,

combatir por mar y por tierra, hasta la muerte ó la victoria, contra los soldados del despotismo asiático. Mi sangre, la sangre de mis abuelos, ha corrido por las ondas de la isla Eubea y los desfiladeros de las Thermópilas. El monte Eta miraba, levantando la cabeza sobre todos los montes, aquella decision de los griegos por la pátria, aquel anhelo por un heróico sacrificio. La vista de Anthela fortalecia á los héroes porque les recordaba el sitio sagrado donde se reunia la liga anfictiónica, fiel imágen de Grecia. Leonidas capitaneaba trescientos espartanos, inaccesibles á los terrores de la muerte, porque todos dejaban ya en el hogar hijos que les reemplazaran y que prosiguieran los ritos á los dioses lares. Mientras aquel puñado de valientes se apercibia á morir, entregábase Grecia con el corazon de alegría henchido, como si no llamasen á sus puertas enjambres de ejércitos y de pueblos, entregábase á las fiestas olímpicas, á las teorías religiosas, á las carreras de caballos, á las luchas entre los jóvenes atletas, á las danzas de las vírgenes acompañadas por la cítara y por el címbalo. El único encargo que Leonidas habia recibido estaba dispuesto á cumplirlo: detener á los persas, á los invasores, hasta que se concluyeran las fiestas de los pueblos, los sacrifi-

cios á los dioses. ¡Cuántas veces los espías persas, que á las altas breñas se acercaban, veíanlos, ora entregados á ejercicios gimnásticos, ora divirtiéndose con su espada y con su escudo, ora peinándose la lengua cabellera! El invasor Xerxes los tenia por locos, no imaginando que pudiera haber tanta serenidad en presencia de tan cercana muerte.

Los medas, los primeros entre los asiáticos, los diez mil inmortales de los guardias persas, corrieron, excitados por su rey, que los sostenia con la vista y el ademan desde elevado trono, á combatir contra aquella legion griega parecida á un muro viviente y erizado de lanzas. Tres días duró el combate, y trescientas veces mordieron el polvo los enemigos de la libertad y de la patria; el pavor subió hasta la frente del rey persa, que creyó caer derribado del trono por los rayos de aquella cólera. Nunca vencieran sin la traicion, que les mostró un sendero para rendir por amañón lo que por fuerza no rindieran. Rotos, deshechos, como la onda contra el escollo, creian ya infranqueables las Thermópilas aquellos guerreros de largas túnicas y de cortísimas armas. Pero llegaron sigilosamente á la cima, é hicieron valer la única razon y la única fuerza que tenian, la ra-

zon y la fuerza del número. Leoidas cayó el primero, dando sonriente la vida por la patria. Después de muerto, centelleaba en su rostro la serena alegría que á todos los mártires inspira el cumplimiento del deber. Los esparziatas y sus setecientos compañeros lucharon con desesperacion, blandieron sus lanzas, mellaron sus espadas en los huesos de los enemigos, y cuando ya lanzas y espadas se habian roto, sacaron los puñales y tras los puñales se valieron de las manos y de los dientes; sí, acribillados de heridas, traspasados de flechas, caian éxanimes sobre la tierra patria, ateraban aún á sus innumerables enemigos, lanzándoles al rostro con el fulgor de sus miradas al apagarse, y el extertor de su aliento al extinguirse, la maldicion última, como si cansados y rotos sus cuerpos, aún pelearan con furia sus enérgicas almas. Hé ahí los ascendientes de Espartaco; hélos ahí, libres como el viento.

ORIEL.

La sangre de tus venas, el aliento de tu pecho, el recuerdo de tu memoria, el cántico de tus artes, la poesia de tus montañas, todo, todo te convida á la libertad, que aquí en este sitio es segura, es inviolable.

ESPARTACO.

Calla, amigo mio, calla!

ORIEL.

¿Dudas?

ESPARTACO.

¿A dónde crees que la tiranía no alcanza?

ORIEL.

Aquí.

ESPARTACO.

Ilusion generosa.

ORIEL.

¡Ilusion la libertad!

ESPARTACO.

La libertad es la vida de la vida, es el alma del alma.

ORIEL.

Y entonces.....

ESPARTACO.

Pero hay mal, hay muerte, hay tiranía.

ORIEL.

Mas así como nos dice la esperanza que hay ciertas regiones en el cielo, donde reside la inmortalidad, nuestros ojos nos dicen que hay ciertas regiones aquí en esta baja tierra, donde reside, donde residirá siempre, siempre, la libertad.

ESPARTACO.

No lo creas.

ORIEL.

¿Es posible?

ESPARTACO.

¿Ves el potro que pasa la crin al viento, la piel tachonada de sudor, la boca espumante?

ORIEL.

Sí.

ESPARTACO.

Pues tiene más segura la libertad que nosotros.

ORIEL.

¿Tú crees eso?

ESPARTACO.

Sí, sí.

ORIEL.

¡Infelices de nosotros! ¿No hay en toda la tierra un asilo para el esclavo?

ESPARTACO.

Las fieras tienen una caverna.

ORIEL.

¿Y no tendrán los hombres un hogar?

ESPARTACO.

El corazón humano está lleno de asechanzas.

ORIEL.

Y aquí en estas alturas, esas asechanzas ¿se enroscarán á nuestras plantas?

ESPARTACO.

La maldad humana llega hasta la conciencia, como llegan las nubes hasta oscurecer el sol.

ORIEL.

¿Mas la tiranía, estará disuelta en el mundo, como la muerte en la vida?

ESPARTACO.

Llega, llega hasta aquí.

ORIEL.

Pues si llega hasta aquí, hasta estas tranquilas

y elevadas regiones, ¿qué espacio de la tierra, qué espacio podrá de tiranos libertarse?

ESPARTACO.

¡Ay!

ORIEL.

Reina la tiranía pues como la muerte, reina en absoluto.

ESPARTACO.

Si vieras cuántas veces llega sigilosa y siniestramente hasta nosotros, y extiende su duelo sobre esta libre y espontánea naturaleza.

ORIEL.

Maldicion!

ESPARTACO.

¿A quién maldices?

ORIEL.

A los hombres y á los dioses; al cielo y á la

tierra; á la naturaleza que era y á la naturaleza engendada; al gran todo, que debió hacernos libres y nos ha hecho esclavos.

ESPARTACO.

Pero hay contra la esclavitud un remedio.

ORIEL.

¿Cuál?

ESPARTACO.

La muerte.

ORIEL.

Sí, el suicidio.

ESPARTACO.

El suicidio es la muerte del que cree en la irremisible seguridad de la desgracia. La muerte en el combate es la única muerte digna de un hombre.

ORIEL.

La muerte puede ser el remedio de los mortales. Pero hay algo, como la especie, por ejemplo, que es inmortal. Hay algo á que no llega ese remedio. Con la muerte consolarás al esclavo-individuo. Con la muerte, no consolarás jamás al esclavo-especie. ¿Cuándo podrás, cuándo, encerrarlos á todos en la eternidad? ¿Cuándo podrás convertir su vasta prision en vasta sepultura?

ESPARTACO.

Y ellos, los tiranos, han convertido la tierra en semillero de esclavos. Antes me alababas esta tierra libre. ¿Pues sabes lo que es la tierra tan alabada? Es la grande ergástula, de donde sacan los romanos gentes para poblar sus pequeñas ergástulas.

ORIEL.

Oigo un rumor...

ESPARTACO.

Los cazadores.

ORIEL.

¿Qué quieren?

ESPARTACO.

Nuestra libertad.

ORIEL.

¿Qué hacer?

ESPARTACO.

Venderla cara.

ORIEL.

Luchemos.

ESPARTACO.

Hasta morir, si es preciso.

ORIEL.

Juremos antes no separarnos ni en la próspera ni en la adversa suerte.

ORIEL Y ESPARTACO.

Cielos, sed testigos de que juramos en vuestra presencia, luchar unidos por nuestra mútua libertad, unidos perderla, unidos salvarla, unidos morir.

GRITOS (*lejos.*)

Allí, allí hay caza.

ORIEL.

¿Oyes?

ESPARTACO.

Nos han visto y nos cercan.

ORIEL.

Avanzan.

ESPARTACO.

Luchemos.

ORIEL.

Pero ¿qué hay contra sus flechas?

ESPARTACO.

Nuestras fuerzas.

ORIEL.

¿Qué hay contra su número?

ESPARTACO.

Nuestra desesperacion.

ORIEL Y ESPARTACO.

Luchemos!

II.

ORIEL.

¡Vencidos!

ESPARTACO.

Pero no han vencido todavía la esperanza.

CINTIA (*arrojándose al cuello de Espartaco.*)

¡Esposo mio!

ESPARTACO.

No me des ese nombre.

CINTIA.

¿Ese nombre tan dulce te importuna?

ESPARTACO.

Sí, me recuerda que podemos engendrar hijos para otros, que podemos engendrar esclavos.

CINTIA.

Cree que, al verte prisionero, deseé morir.

ESPARTACO.

Y, según la furia de los soldados cazadores, te matan sin el arrojo y el heroísmo de Oriel.

ORIEL.

Cobardes, ¡ciento contra uno!

ESPARTACO.

Cara hemos vendido nuestra libertad.

CINTIA.

Por eso nos venderán más caros en sus mercados.

ESPARTACO.

Oriel hubiera podido salvarse. Ya habia precipitado tres de sus salteadores en los abismos, y tenia abierto á su fuga el monte, y seguro para su libertad en el bosque.

ORIEL.

Mas, primero mi corazon y despues mi juramento, me clavarón aquí. La ergástula con vosotros me será más grata que el bosque sin vosotros.

ESPARTACO.

Te debo, hermano mio, mi esposa.

ORIEL.

Y yo te debo la fe en la libertad, en esa esposa del alma.

CINTIA.

No os separeis jamás, hermanos.

ORIEL.

Dentro de poco nos llevarán desde estos desfileros al pie del Capitolio. Las águilas, aquí libres, amarradas estarán allí en la enseña de las legiones. Los hombres, libres aquí, serán allí esclavos; las ronzas del camino taladrarán nuestros pies y nos llegarán hasta el alma; el pan nos parecerá amasado con hiel, y el agua pura del torrente, salada y amarga como las lágrimas; nos marcarán con marca de ignominia; nos venderán en sus mercados; nos azotarán en sus cubículos; nos enviarán al circo; nos trucidarán cuando bien les parezca, para alimentar las murenas de sus estanques. Seremos esclavos y esclavos de los romanos.

ESPARTACO.

Pero ninguna fuerza, ningun poder humano podrá domar nuestra voluntad. Ahí, ahí, en la voluntad interior, no en las montañas; en la fuerza interior, no en las espadas, está la libertad. Corramos el camino, repitiendo á cada paso nuestro juramento de vivir libres. Sospesemos estas

cadena, para sentir que tienen mucho hierro y que con ese hierro podemos forjar muchas espadas. Como se saca lumbre de una piedra, se puede sacar libertad, y sobre todo, dignidad de la servidumbre. Ya que no haya otro remedio, así que no haya otro refugio, queda el remedio y el refugio del sueño eterno, de la muerte.

CINTIA.

Yo me siento poseida de visiones proféticas. Yo oigo una dulce melodía compuesta por los vibrantes pinos y los mugidores torrentes. En vuestras sienes brillan coronas de laurel; en vuestros ojos resplandores de victoria. La ciudad, que os martiriza, huye vuestra sombra, como la prostituta huye la luz. Sus columnas se tronchan cual árboles combatidos por el huracán. Sus monumentos se dispersan en cenizas. Sus estatuas se hundan con los muertos en las frías entrañas de la tierra. Vuestros hijos, vuestros descendientes la castigan en noche tan terrible, que parece la noche última del universo, y al siniestro reflejo del incendio, al crujido de las piedras calcinadas, al eco del estertor de todo un pueblo, se

levantan de los átomos de la tierra, empapados de sangre, los esqueletos de los antiguos esclavos, que en legiones innumerables van errando entre las ruinas humeantes, y diciendo por sus cavernosas bocas: es justicia, es justicia, y no venganza.